

Cincuenta números UNA peseta

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2.

No se devuelven los originales

SEAMOS VALIENTES

Yo propongo a la opinión honrada...

La alborada de una nueva vida, alborada de color de rosa y oro, tiñe el Oriente con las primeras claridades de un amanecer glorioso y consolador.

Tiemblan acobardados los chacales de la política; los vampiros, hartos de la sangre del pueblo, se agazapan y achican como queriendo anularse, gimiendo hipócritamente femeniles protestas de adhesión hacia aquellos que ellos mismos han flagelado y sumido en la desesperación más crispadora.

¡Cobardes, canallas, malos patriotas!

Pero no les vale el tardío y falso arrepentimiento ni a los gajos que se nutren con carnaza corrompida, ni a los reptiles que se arrastran por el fango. Es demasiado fuerte el titán para que pueda de nuevo prestarse a ser juguete de malvados y logrerros. Las cornetas de la justicia y de la razón han entonado la mayestática diana de un resurgir magnífico, plétórico de esperanzas bellas y dulces idealidades, y a los ardientes sonos de esta diana de la vida, la Patria debe despertar, sacudir sus miembros entumecidos y hacer latir su bravo y generoso corazón, que no está muerta, no, la adorada Patria mía, y aún puede dar pruebas de su grandeza, de su heroísmo, de su decidida y gallarda actuación en el concierto magno de los pueblos civilizados y libres.

¡Arriba los corazones fuertes y dignos! ¡Abajo los políticos concupiscentes e inmerales! ¡Viva España, viva el Ejército, viva la honradez y el trabajo y la fe en una sana y vivificadora redención!

¿No se hinchan vuestros labios con estas entusiastas exclamaciones que la presente realidad halagadora ha hecho germinar en vuestros pechos? ¿No laten de en-

tusiasmo vuestros corazones? Vuestras almas, dormidas en moribundo un letargo, ¿no se sienten resucitar pujantes y animosas? ¿Quién, sino el Ejército, ha llevado a vuestro espíritu la aromada lluvia de los lirios de la fe y de las rosas de la esperanza?

Es necesario, pues, exteriorizar vuestros sentimientos, dar vida a vuestra admiración, prestar forma a vuestra adhesión y gratitud.

El funcionario civil que de cerca palpa las máculas y la roña que dificultan el funcionamiento del mecanismo del Estado, y que arrastra una vida pasiva, neutra y estéril, ¿no siente, ante el movimiento militar, la invasión de una savia nueva y joven, productora de brotes frescos y lozanos? El sacerdote mártir, inicuamente despojado de sus derechos y perseguido constantemente por la manada de hombres-buitres, ¿no eleva a Dios, en acción de gracias, los llorosos y cansados ojos, iluminados por los destellos de la fe, ante la milagrosa resurrección? El letrado que ha visto las leyes mercantilizadas; y el médico, que hasta hoy ha carecido de medios para desenvolver su humanitaria misión; y el ingeniero, postergado por la protección a técnicos intrusos; y el policía, escarnecido por el hampa y mandado por sinvergüenzas; y el comerciante, esclavizado y uncido a conveniencias personales; y el industrial, desilusionado; y el agricultor, sumido en el más criminal abandono; y el hombre de ciencia y el artista; el señor y el lacayo; el poderoso y el humilde; ¿no han cegado a los resplandores de esta aurora de inefables promesas y esperanzas de color de cielo?

Y el pueblo, que padece hambre, y es víctima de agravios por parte de todos, —más aún por la de aquellos que engañosamente se apellidan sus redentores;— el pueblo, famélico y aterido, tratado a puntapiés, escarnecido, abofeteado, ¿qué piensa de este amanecer lleno de esplendores y de

exquisito sentido de regeneración?

¡Oh, el pueblo! El pueblo, hermano del alma del Ejército, de donde este procede, y a donde va a parar, sabe demasiado que al Ejército, que vivía de su sistema nervioso y de su templado espíritu, debe estos gérmenes de reconstitución nacional, y sabe que si algún día puede soñarse con una España nueva, vigorosa y fuerte, sólo el Ejército, lo único, —con la Religión,— no podrido de la Patria, puede llevar a cabo la sorprendente y magna obra.

Pero estos sentimientos magníficos, que vibran en los pechos de todos los hombres honrados, no basta sentirlos, es preciso exteriorizarlos, manifestarlos por algún acto sensible, serio, sereno, despojado de vanos alardes.

No se trata de manifestaciones ruidosas ni de sonoras ostentaciones que armonizarían muy poco con la vidriosidad de las circunstancias. Un aplauso íntimo, sincero, modestísimo e incondicional, delicado homenaje a la gentil actuación del elemento armado, fuera, tal vez, la única conveniente ofrenda apropiada al recto y grave desenvolvimiento de los sucesos.

Tal es lo que este modesto cronista, que tanto quiere a la madre Patria y tan sinceros entusiasmos siente por el noble y valiente Ejército español, PROPONE A LA OPINION HONRADA.

¿Cómo pueda esta adhesión verificarse? Con la más muda y sencilla facilidad.

El jefe de la «Junta Central de la Unión y Defensa del arma de infantería», lo es el coronel del regimiento de Vergara don Benito Márquez, a quien, bajo nuestra palabra de honor, no tenemos el gusto de conocer. Esa Junta, con su presidente a la cabeza, simboliza el sentir de la Infantería, que es el sentir del Ejército, que es el sentir de la Nación.

Una tarjeta personal, enviada al coronel Márquez por el correo interior o personalmente entregada en el cuartel del regimiento

de Vergara, sería el más humilde, pero al mismo tiempo el más delicado homenaje, que la opinión sana del pueblo español pudiera tributar a quienes con todo valor y energía han emprendido una campaña de saneamiento, de rehabilitación nacional.

Con una convicción quizás un poco quijotesca, pero inspirada en la mejor buena voluntad, es lo que nos atrevemos a proponer a nuestros lectores, a la prensa sensata, al país desengañado de ridículas promesas de políticos vividores; una tarjeta con vuestro nombre a la Junta militar que ha levantado el estandarte de la regeneración española.

Ello no os parezca poco, dentro de su humildad; porque será la demostración más elocuente de que esos bravos soldados no están solos, sino acompañados de vuestro desinteresado y patriótico espíritu; y os proporcionará al mismo tiempo el placer de ocupar al rostro de quienes, habiendo vendido a la Patria no merecen castigo mayor.

¿Hay valor para ello? No basta sentir, creer, esperar. Es preciso obrar rápidamente, y de un modo consciente, sereno, digno...

Hay bandidos emboscados en las sombras que en estos luctuosos instantes están cavando avidamente una fosa para España.

Un puñado de hombres valerosos y honrados, inspirados por Dios, se esfuerzan por llevar a cabo la gigantesca obra de una nueva reconquista.

¿Al lado de quién debe ponerse todo el que no simpatice con los ladrones, con los medulases, con los alcohólicos, con los livianos, con los granujas en cuyas manos ha estado hasta ahora el porvenir de España?

¡Santísimo Sacramento del Altar, salva a mi Patria! ¡Santifica la obra redentora de quienes, puestos en Ti los ojos y el corazón en el sagrado suelo en que vieron la primera luz, afrontan heroicamente una empresa para la que es preciso tu santa Bendición!

Guzías de Agrigento
De «El Correo Catalán».